

LA BATALLA POR EL BALCÓN — I

Sergio CLEMENTE CASANOVA

Este texto, con forma de breve novela histórica, la escribió uno de los alumnos de secundaria del Colegio Jesuitas de Pamplona, quien la firma, cuando contaba con 14 años de edad. Tuvo a bien enseñármela, con cierto apuro, en octubre de 2023. Para mí, ya un viejo profesor de historia, resulta un soplo de aire fresco que alguno de nuestros jóvenes se apasione por la cultura y por la historia de Navarra. Sé que no es usual publicar cosas de este tipo y más si están realizadas por gente tan joven. Pero creo enormemente positivo dar a la luz este trabajo. Ruego a nuestros lectores que comprendan quién lo ha escrito, su edad y que, por ello, sepan disculpar cualquier incorrección de estilo que pudiera aparecer (José M^a Muruzábal del Solar).

*"[...] Prefieren la guerra al descanso,
y si no tienen enemigo exterior
lo buscan en casa"*

*Pompeyo Trogo refiriéndose a las tribus asentadas
en la Península Ibérica (Siglo I A.C)*

Me llamo Mikel Lizarraga, nací en un caserío al oeste de Navarra junto a mi hermano mayor. Te preguntarás qué estoy haciendo ahora mismo; yazco en la hierba, ensangrentada por una herida de bala que un soldado liberal me ha disparado desde las murallas de Bilbao; estoy en mi lecho de muerte... viendo mi vida pasar ante mis ojos. Recuerdo el día en que partí de mi casa. Tenía 16 años cuando me fui a la guerra, para luchar por Dios, la Patria, los Fueros y el Rey. Con Dios de mi lado vi a mi madre sufrir y me abracé al fusil. El futuro era negro, la mañana gris. "Madre no llore usted" —le dije— "por el mundo en que creo, con fe, lucharé"... Marché, luché, sangré y ahora muero. ¡Nunca llegaré a los 18 años!. Pero ahora pienso que, un año en el frente ha sido una vida lo bastante larga para un soldado.

Unai, mi amigo, le veo caer a apenas unos metros delante mía, y mientras el estruendo de los cañones y los chirridos de los mosquetes suenan, me acerco a rastras hacia él. Cuando llego, solo le veo llorando, herido en el abdomen, mientras tosía sangre por la boca, gritaba a su madre, para que fuese con él y le salvarse. Me senté con cuidado a su lado y le abracé, para luego llorar junto a él y recordar la única victoria que saboreé con él... Esta es mi historia.

Idealización de Mikel Lizarraga.

LA LLEGADA

Me acuerdo, como si fuese ayer, el día en que llegué a Legaria, un hermoso pueblo a orillas del Río Ega. Me había incorporado al batallón de *Guías de Navarra* ya que, como me había criado en el campo y las montañas, toda mi vida me sabía manejar por la zona. Quien iba a decir que en Vitoria, el general liberal Gerónimo Valdés estaría con su séquito planeando un nuevo movimiento.

El 18 de abril de 1835, Valdés publicó un bando dedicado a los habitantes de las provincias vascas y navarras en las que proclamó que "*...es preciso, es absolutamente indispensable para vuestro propio bien y para la tranquilidad de la Nación entera, de la que formáis parte, que termine de una vez para siempre esta guerra cruel y fratricida...*". No con solo eso, ofreció un indulto a todos aquellos que abandonaran a Zumalacárregui, el general carlista más carismático, experimentado y querido tanto por oficiales como soldados, pero acabó amenazando:

"...entregaré a las llamas, sin reserva ni consideración de ninguna especie, todas las poblaciones de ciertos valles que sirven de refugio ordinario a los rebeldes y donde encuentran más recursos y criminal acogida, respetando, sin embargo, las personas y propiedades de sus habitantes, que encontrarán amparo y seguridad si se retiran a los pueblos donde haya guarnición o a las provincias pacíficas. Esta medida es dolorosa pero cuando el bien de la patria habla, deben callar todos los sentimientos humanos."





Gerónimo Valdés, general isabelino.

Valdés, tras pensar un poco su siguiente movimiento señaló la localidad de Estella, que cumplía como capital de los carlistas.

—Ese es nuestro objetivo, sentenció el general

—Estella, ¿señor?, titubeó un oficial.

—Afirmativo, si llegamos hasta allí la guerra muy posiblemente acabará, opinó el General Valdés.

—Eso supondría atravesar la Sierra de Andía, entrar a la plaza de Contrasta, atravesar el valle de Améscoa Alta, llegar a Eulate, entrar a Zudaire, atravesar el valle de Améscoa Baja y entrar a Abarzuza para, por fin asaltar Estella, redactó otro oficial mientras seguía detenidamente con su dedo los puntos que había dicho.

—Correcto, ordenen a nuestros hombres que partiremos de aquí lo antes posible.

—Como ordene, general, coincidió un oficial.

Dicho y hecho, los 34 batallones que conforman el ejército de Valdés, se pusieron en marcha, sus planes eran llegar a Salvatierra al atardecer, por la noche como muy tarde.

Volviendo conmigo, me encontraba, como he narrado en Legaria; Ahí conocí a mis compañeros de armas. Unai, mi mejor amigo, algo delgado pero con la fuerza de una persona normal de 18 años, Aitor, un joven muy comprometido en la causa carlista, Aratz, se debate entre soldado o

sacristán y por último, el Capitán Gartxot, un hombre grandullón, con barba grisácea y pelo del mismo color, siempre con muy mal humor, los estándares de veterano.

Estaba limpiando mi fusil algo alejado cuando Unai se me acercó con el fusil al hombro.

—Eh, ¿qué haces aquí?, —dijo mientras me miraba.

—Limpiando un poco, me han dado el peor fusil del carro, —le respondí yo a mi amigo irónicamente.

—Si...los suministros no están demasiado bien, apenas nos podemos vestir. Prosiguió y me tendió la mano para darme un apretón.

—Me llamo Unai, —me dijo con una sonrisa.

—Mikel, —le respondí correspondiendo al apretón.

Un trueno llegó desde el cielo, una alerta de la tromba que llegaría.

—Eh, ven a nuestra tienda, tenemos una vacante.

—Bien, gracias, —le agradecí mientras recogía mi fusil y me ponía la boina roja a la cabeza.

Seguía a Unai cuando, de repente, dos camaradas del 3º Batallón de Infantería de Navarra nos exclamaron:

— ¡Tápate soldado, tápate!, que el culo se te ve” —a modo de gracia, por nuestras vestimentas precarias y en mal estado.

—¡Ya veréis cuando Espartero os pille! —les respondió Unai mientras aligeraba el paso porque las primeras gotas ya empezaban a caer. Solamente me reí y entré a la tienda, Aratz y Aitor estaban allí, dentro de aquella tienda.

—Tenemos al sustituto de la vacante —dijo Unai dejando su fusil junto al de los dos presentes.

—Más vale que no sea un aficionado, —dijo Aitor mientras me miraba

Aratz estaba rezando, y cuando terminó me tendió la mano.

—Bienvenido, espero que tengas ganas de darles una paliza a esos masones, —dijo con una sonrisa.

—Hazme caso que sí.



Tomás de Zumalacárregui, general carlista.

Seguidamente miré a Unai, que me hizo un gesto de que él estaba loco.

Esto solo es el comienzo pensé, para luego apoyar el fusil y comenzar a conocer a mis nuevos camaradas.

LA MARCHA

Amaneció un 20 de abril de 1835, cuando, como si fuese un vendaval, el Capitán Gartxot entró a nuestra tienda y vociferó:

—¡Arriba, panda de vagos, a la misa y después preparaos, nos movemos a Eulate!

—¡Entendido!

Como si fuésemos seres de ultratumba, hicimos todos unos ruidos de recién levantados. Yo por lo menos me estiré y me levanté después de Aratz, que tenía ganas de ir a misa, para variar. Todos nos vestimos y salimos uno detrás de otro para asistir a la misa de la mañana. El páter de mi batallón recitó el pasaje y al final todo dijimos "amén". Para nuestra sorpresa, Zumalacárregui se acercó para pasarnos revista ya que, como todos sabíamos, y no es por fardar, éramos sus favoritos, y con diferencia.

—Muchachos, nos él dijo mientras se paseaba.

—Vamos a ir a Eulate, prosiguió.

—El de correos me ha comunicado que, Valdés y sus 22.000 hombres se dirigen hacia Estella, y vamos a cortarles el paso de raíz.

En menos de lo que canta un gallo, los cuchicheos empezaron:

—“¿22.000? ¡Apenas llegamos a los 2.000!”
“Además de que estamos en peores condiciones, ¡estamos perdidos!”

—Calma, calma, —nos dijo—, comprendo el alboroto, pero contamos con nuestro mayor aliado; el paisaje, nosotros sabemos cómo movernos por aquí, ellos esperan un paseo por el campo, pero recibirán uno por el monte, ¿o no, muchachos?! —nos animó con su elevado y singular carisma.

—¡Sí! —exclamamos a la vez; enseguida los vítores de “Viva Cristo Rey” y “Dios, Patria, Fueros y Rey” se abrieron hueco.

Zumalacárregui, o el “Tío Tomás”, como le llamábamos sus hombres, nos miró con aprobación mientras se acicalaba su bigote y se retiró para recoger sus cosas.

—¡Bien, ya habéis oído al tío Tomás. A recoger todos, llegaremos por la noche!, nos gritó el Capitán Gartxot con su inigualable tono de amargado.

Todos nos fuimos muy animados a nuestras tiendas y comenzamos a recoger las pocas pertenencias que teníamos. Recogí lo más rápido que pude, realmente estaba ansioso por ver cómo sería mi primer combate. Tenía práctica con fusiles para cazar, desde conejos hasta patos, pero nunca me había batido en un duelo; tal vez, como mucho, las peleas que tenía de niño por disputas que ahora no comprendo.

—Os veo afuera, —les dije a mis compañeros mientras me echaba el fusil al hombro y salía de la tienda, solo para ver que el capitán y dos oficiales más estaban hablando con Zumalacárregui. Yo tenía ganas de hablar con él, pero decidí no meterme en sus asuntos, ya que tenía la misma idea de estrategia que la que tiene un panadero.

Mientras pensaba en mis cosas y observaba maravillado el paisaje Zumalacárregui me echó el ojo, y yo algo avergonzado porque me había pillado mirando a la nada me limité a saludarle marcialmente mientras él sonreía ligeramente y me asentía con la cabeza. En el interior sentía una especie de emoción porque, el mismísimo Don Tomás de Zumalacárregui, me había saludado y a la vez sentía vergüenza porque me había quedado en mi mente. Es en esas cuando siento que alguien me toca el hombro y me dice:

—Eh, ¿qué tal?

Agité un poco la cabeza y le miré, era Unai que ya había salido de la tienda, detrás de él Aratz y Aitor recogían la tienda.

—Bien, bien., le respondí mientras miraba de nuevo el paisaje.

Nunca olvidaré ese lugar, un pueblo a orillas del río donde casi siempre la actividad se encontraba en la plaza mayor, donde se hallaba un pozo en el que las mujeres iban a recoger agua y los niños correteaban ajenos a lo que pasaba en el país.

—¡Ateeeención! —gritó el Capitán Gartxot al batallón e instantáneamente, nosotros, los guías de Navarra formábamos en pequeñas escuadrillas.

Me formé junto a mis nuevos amigos y nos llevamos el fusil al hombro.

—¡General, el Batallón de Guías de Navarra está listo para partir, señor!, —vociferó en un tono solemne el grandullón de nuestro Capitán.

—Entonces adelante, adelantaos y guiadnos por los bosques frondosos y las escarpadas colinas, capitán, —le respondió el respetado Zumalacárregui subido a su caballo, enfrente del 2º, 3º y 4º batallón de Navarra y escoltado por el único escuadrón de lanceros que pudimos crear. Éramos unos 2.000, pero cuando llegásemos a nuestro destino alcanzaríamos los 4.000, ya que ese era nuestro punto de encuentro con 6º y 10º batallones de Navarra, el 1º batallón de Castilla y el 1º de Álava.

Nosotros, los Guías de Navarra, al ser una unidad de avanzadilla podíamos dispersarnos ya que debíamos observar el terreno, y eso hicimos. Para matar el tiempo, Unai, Aratz, Aitor y yo hablábamos de nuestros hogares, nos hacíamos bromas y cantábamos alguna marcha para que el camino fuese más corto: La canción a la que le tenía algo más de aprecio era "Por el Río Nervión", era perfecta para situaciones como esta. El tío Tomás realmente nunca consideró enfrentarse a Valdés en las Améscoas.

Pensaba que éste únicamente quería manifestarle la potencia de la tropa de la que disponía y muy posiblemente proponiéndole una vez más que entregase las armas. En caso de que Zumalacárregui no estuviese dispuesto a ello, mientras marchaba lentamente por el valle a Estella, se limitaría a arrasar y saquear lo poco que había dejado sin tocar Luis Fernández de Córdova unas semanas antes.

Por la tarde, el ejército isabelino de Valdés llegó a Contrasta, asomándose a lo más alto del valle de las Améscoas. El jefe carlista Bruno Villarreal, que no contábamos que estuviese allí en un principio, se encontraba vigilando la zona dirigiendo dos batallones. Un cabo se le acercó al caudillo carlista.

—Mi comandante, mire! El cabo señaló a la cima de la colina de Contrasta; se podía



Fernando Fernández de Córdoba, general isabelino.

apreciar cómo el ejército de Valdés, ampliamente superior en número al nuestro, se había asentado y había ocupado la plaza de dicha localidad.

—Dios santo... retirémonos a Eulate, he escuchado que nuestro compatriota, el general Zumalacárregui llegará a la noche. Ordenó mientras observaba a sus hombres los cuales no dudaron un segundo y empezaron a levantar el pequeño asentamiento. En total eran 1000 hombres.

A la noche, como bien había predicho el caudillo Bruno Villarreal, llegamos las tropas del tío Tomás, los guías de Navarra primero, seguidos de no muy lejos por el resto del grueso del nuestro pequeño ejército. Cuando nos asentamos ya eran las 9:00 de la noche, por el momento no se nos permitió hacer ni una hoguera, ni fumar. Supuse que sería porque Zumalacárregui y Villarreal estarían ideando algún tipo de estratagema, pero poco me hacía falta a mí ya que me había criado por esos lares.

Quien diría que, al otro lado, en Contrasta se encontraría Fernando Fernández de Córdova y que unos años más tarde recordaría:

"Las tropas (liberales) formaban en tres columnas profundas en orden paralelo. [...] Nuestro frente abrazaba todo el valle desde un lado al otro. La caballería y artillería, convenientemente protegidas ocupaban el centro. [...] La noche, fría y oscura hacía desear el

La batalla por el Balcón - I

fuego y el general permitió encendieran fogatas. [...] Mi batallón ocupaba la cabeza de la columna del centro...los demás jefes y brigadiers estaban convenientemente repartidos y los cuerpos recibimos la orden de no movernos de nuestras respectivas posiciones, hacer el menor ruido posible y de no hacer fuego al enemigo sino a quemarropa, recibiendo con la bayoneta en caso de que se arrojasen a nuestras filas. El enemigo no dió señales de vida, y contra su costumbre, no llegó a tirotear nuestras posiciones. Solo nos dió a conocer su presencia por una fogata encendida a nuestro frente a unos dos tiros de fusil, en el centro y fondo del valle”.

Sorprendentemente, calentándose junto a la hoguera que en aquel entonces mi enemigo Fernando Fernández de Córdova vio, se encontraba precisamente el capitán de lanceros escoltas del tío Tomás, Carlos Federico Henningsen que en sus memorias escribiría al final de la guerra:



Soldado del batallón de Guías de Navarra por Ferrer Dalmau.

“Envuelto en mi capote y delante de una gran fogata estaba yo, temblando de frío, pues era tan penetrante el viento que, o llevaba la llama y el calor hacia un lado, o repentinamente arrojaba sobre nuestras caras la llama y las chispas, dispersándonos a los que estábamos en el pequeño corro”.

LA SIERRA DE ANDÍA

Amaneció el 21 de abril de 1835, en el campamento liberal. A la señal de diana se levantaron del campamento los cuerpos y batallones más adelantados para hacer un reconocimiento general del bosque que nos separaba a los isabelinos de nosotros. El general Fernando Fernández de Córdova no se cortó al relatar lo que vio:

“[...] Parecía aquél un país desierto y hubiéramos considerado el valle completamente abandonado, sin la presencia de algunos ganados extraviados y la multitud de ropa y enseres de casa, víveres y dinero que los soldados encontraban escondidos en los huecos de los árboles”.

Esto que relataría él es cierto, puesto que, muy temprano, sobre las 7:00 de la mañana cuando el rocío todavía cubría la hierba, vi partir a todos los habitantes de las aldeas que estaban en la zona liberal con sus familias, ganados, aves y muebles, huyendo delante de sus despojadores. Supuse que se dirigían a la sierra para refugiarse. Dado mi desconocimiento, no sabía que huían porque las primeras avanzadillas cristinas habían llegado a sus hogares, en donde habían dejado solo lo imposible de transportar.

Al estar a unos metros de mi tienda, vi como mi capitán entraba en esta y le escuché desde afuera, “¡Arriba panda de vagos! ¡O queréis que venga Valdés a despertaros!”. No tardaron mucho tiempo mis compañeros en despertarse y empezar a recoger. Antes de incorporarme a ellos quise ir a preguntar a un oficial que es lo que haríamos. Creo que no hace falta nombrar que ese oficial no sería el capitán Gartxot, por supuesto, que me respondió en un tono sereno y afable:

—Solo puedo decirte que abandonamos Eulate, no vamos a mostrar batalla por el momento y nos moveremos más al fondo del valle.

—Entendido señor, gracias señor., —le saludé y me respondió con el mismo gesto. En menos de lo que canta un gallo fui con mis compañeros a recoger y trasladarles las noticias.

No tardamos más de una hora en recoger. Nosotros, los guías salimos los primeros y Zumalacárregui no abandonó Eulate hasta que las primeras tropas enemigas salían del bosque, que fue aproximadamente hacia el mediodía.

En esa misma hora del día, Valdés tomó una de las decisiones más incomprensibles que militar alguno tomara en toda esta guerra y relató su persona así:

“Hice tomar posición en el valle a la división del general Córdova, con su izquierda apoyada en Eulate en cuya disposición se mantuvo hasta que todas las demás tropas, desfilando

por su retaguardia, subieron el puerto de Eulate, cuyo movimiento siguió después dicha división por medio de una bella operación de escalones". Es decir, en vez de habernos seguido, Valdés tomó la decisión de virar a la derecha y subir el puerto de Eulate, que da hacia la Sierra de Andía.

Zumalacárregui estaba reunido con los capitanes y Brigadiers de los 5000 hombres que éramos, yo me encontraba sentado con mis amigos charlando.

—¿Qué es lo que está haciendo Valdés?, preguntó Zumalacárregui a su séquito de oficiales.

—Por lo que vemos señor, el General Valdés está abandonando el valle y está subiendo la sierra de Andía, le informó uno de los oficiales.

—No tiene sentido...dijo otro de nuestros oficiales.

—O si...La complicación de moverse en estas tierras para él, nuestra ausencia de intenciones para combatir...tal vez ha decidido abandonar su objetivo y regresar a Álava, ideó el general.

—Puede ser, señor, pero no lo sabemos a ciencia cierta, habló un brigadier.

—Pues hay que descubrirlo, haced mandar una partida de 5 hombres y que les sigan, deben de ser lo más rápido que puedan, ordenó el general sublevado.

Dicho y hecho, el capitán Gartxot fue seleccionado para liderar a los cuatro hombres que irían con él, y nos seleccionó a Unai, Aratz, Aitor y a mí para dicha misión.

Nuestros contrarios tardaron unas tres horas en subir la sierra, es decir, serían ya las 15:00 del mediodía. Ahí estábamos nosotros 5, caminando con sumo cuidado; tuvimos que subir a toda prisa y en esas que nos llevaban unos cinco minutos de ventaja, la suficiente distancia para saber que iban a hacer. Se presentó el momento del cruce, Unai, Aratz, Aitor y yo estábamos sudando por dos razones, la velocidad en la que subimos y la tensión por saber si habían abandonado su objetivo o no, nuestro capitán estaba expectante, sin decir nada. Vi como el ejército seguía avanzando hacia el este, cosa que no coincidía con la premonición del tío Tomás. Ellos seguían a por su objetivo, un objetivo que desconocíamos por el momento.

—Hay que volver con el grueso, avanzan al este. —ordenó en tono bajo el capitán mientras se daba media vuelta y volvía por donde habíamos venido.

Nosotros hicimos lo mismo, algo extrañados por semejante acción de Valdés.

Tardamos hora y media; tuvimos que ir a marchas forzadas por la importancia del asunto. Nada más mi capitán se lo contó a nuestro general, él se sentó en una silla y pensó en voz alta:

—Si Valdés no se dirige al lomo de la sierra, sino que marcha al este... solo quedan dos op-



Vista del Balcón de Pilatos desde el nacimiento del Urederra (fotografía Sergio Clemente).



Baquedano desde el Balcón de Pilatos (fotografía Sergio Clemente).

cuadro se confeccionaron los ranchos cerca de los regimientos respectivos.”

Ellos acamparon al aire libre, se prohibió hacer fuego y fumar. Las cacerolas del rancho que se preparó estaban prácticamente vacías. El ejército isabelino tenía fama de estar siempre provisto de muy mala cantidad de raciones, pero, para mí esto ya lo supera todo. Había salido de Vitoria con raciones para tres días, pero, en Contrasta, el hambre por un lado y en la creencia de que al

ciones: Al cabo de dos días y dando un gran rodeo solo puede llegar a Estella, o en tres a Pamplona, —concluyó mientras se quitaba su boina roja y se pasaba la mano por el pelo hacia atrás. El mismo no se lo podía explicar.

NO HE SUFRIDO PEOR NOCHE QUE AQUELLA EN LA VENTA

“Siendo ya muy entrada la tarde y faltando absolutamente el agua en aquellas elevadas cimas, me vi en la absoluta precisión de dirigirme a acampar a las inmediaciones de la venta de Urbasa” —describió Valdés.

Duro es el paisaje de las sierras de Urbasa y Andía, pero el lugar más inhóspito es el que rodea la venta de Urbasa. Apenas había tierra en el suelo, permitiendo que la roca rompa la fina capa de tierra, cubriendo gran parte del suelo; los pocos árboles que crecían lo hacían retorciéndose, buscando en el aire, en el sol, el alimento que niega la estéril tierra sus raíces. La vista del musgo que cubría los troncos de dichos árboles y el que cuelga de sus ramas era el más claro testimonio de la dureza de la estancia se aquel condenado lugar.

Aquella situación en la que tanto sufrí para el poco tiempo que estuve la describiría mejor mi enemigo Fernando Fernández de Córdova:

“[...] Formando un gran cuadro con la infantería desplegada en tres filas, una de las cuales debía permanecer sentada sin separarse ningún hombre de su puesto ni dejar las armas en la mano. Las otras dos filas podían descansar sin descomponer la formación ni abandonar tampoco los fusiles, aunque estuviesen acostadas. A retaguardia, y detrás de los batallones así dispuestos, situándose algunos en masa como en reserva, y dentro del

día siguiente llegarían lo más tarde al anochecer a Estella, se les animó a consumir las dos raciones que les quedaban. Por ello, en la venta de Urbasa ya no les quedaba nada, o casi nada para comer, y apenas había agua, y para la poca que se pudo encontrar y apurar fue mal repartida. No solo eso, hacía mucho frío, ¡hasta nosotros lo sufrimos!

Estaba yo frotándome las manos junto con Unai a lo que él me dice tembloroso:

—Hace frío de cojones, ¿eh?...

—Tanto que sí, —respondí.

—Hace incluso más frío que por mi tierra... ¡y mira que he vivido toda mi vida en un case-río!, —continué mientras reía un poco.

Aún en el valle, que estaba relativamente resguardado, el aguanieve. La nieve y la lluvia se sucedieron hasta la mañana, haciendo todavía más complicada la noche.

¡Ah! Cierto, casi se me olvidaba, siguiendo con los isabelinos, ellos sí que las pasaron canutas, unos 200 chicos de los nuestros, del 3º batallón de Navarra, se repartieron por distintos puntos alrededor del asentamiento isabelino y comenzaron a disparar al aire puesto que no se veía casi nada. Fue una estratagema inventada por el tío Tomás para no dejarles dormir y así, que a la mañana siguiente tuvieran menos fuerzas. Los nuestros les gritaban de todo además de dispararles; por ejemplo les decían “¡Apóstatas!”, “¡Masones!”... ese tipo de cosas. La peor noche que he pasado en mi vida. 

Dedicado a mi bisabuelo Eugenio Portillo que, aunque ya descansa en paz desde hace unos años, luchó en la Guerra Civil Española como sargento de requetés carlista.